



Kgyaert miraba fijamente al punto que habíamos mirado la noche anterior pero se notaba que hoy lo contemplaba con menos entusiasmo. Se lo comenté; le dije "parece que esta noche no te divierte tanto como ayer" porque, para decir la verdad, era yo quien hoy lo encontraba menos interesante que el día, que la noche anterior. Y tal vez porque estaba aburriéndome es por lo pensé que, bueno, si decía algo alguien respondería con

algún otro algo y así, tan sencillamente, entablaríamos una conversación que quién sabía si no terminaría derivando — a la larga, como es natural, pues nadie con dos dedos de frente espera que las cosas alcancen la esencia última de su propio ser ni los meritos para hacerse acreedoras de la denominación adecuada que sin duda les está perteneciendo y aguardando en algún lugar pero, así, de la noche a la mañana; y aunque nosotros teníamos ya algo más de esos dos dedos y las noches eran terriblemente largas, el mínimo de razón de que disponíamos ya advertía de que no era aconsejable hacerse demasiadas ilusiones — en una animada tertulia.

No es, debo aclarar, que entre Kgyaert y yo exista una especial amistad; ni que elijamos por lo general mirar al punto simultáneamente, ni que Kgyaert sea alguien de quien deba o pueda ni tan sólo afirmarse de forma taxativa que... Pero, para no perdernos en digresiones y expresarlo en pocas palabras, bastará referir cómo, apenas en los inicios de nuestra andadura, Srailkt preguntó, a bocajarro como si dijéramos, por qué

precisamente Kgyaert.

Es cierto que yo no tenía una razón muy concreta que darle, y que ni siquiera se me había pasado por la cabeza que Kgyaert tuviese que ser inexcusablemente Kgyaert, ni que Kgyaert y nada más Kgyaert se adecuara a ciertos rasgos o a una complexión inequívocamente específica que hicieran de Kgyaert... Pero como Sraiklt aguardaba mirándome, expectante, decidí concluir con un escueto:

– Es muy sencillo.

– ¿Sencillo?

Adornan a Sraiklt destrezas y habilidades de lo más variopintas; pero, por la forma en que fruncía el ceño y arrugaba la nariz y ejecutaba una serie de muecas, resultaba obvio que en aquella ocasión no iba a estar del todo brillante...

– Vamos, Sraiklt — recuerdo que dije, en mi afán de infundirle ánimos — tú puedes...

– No puede.

Uhlkthñ profesaba una enorme simpatía hacía

Sraiklt y siempre había confiado en su entereza, su enorme resolución para encarar dificultades; pero su tono fue rotundo.

– Sí puede — insistí.

– Te digo yo que... — Uhlkthñ, manteniéndose en sus trece.

– Vamos, por favor, Uhlkthñ — rogué.

– Un momentito — Lewhgif alzó la mano, como pidiendo calma —; procedamos sin precipitación y con un mínimo de método — ¿Quién ha dicho que no puede?

– Obstinarse — se dejó oír una voz que, en atención a las canas de Lewhgif y a la consideración que por sus muy buenas cualidades merecía, fue mejor, entendí, dejar en “anónima” — no va a aportar la solución para el problema a que nos enfrentamos.

– Ya — otra voz a la que, por no incurrir en lo que se llamaría agravio comparativo para la anterior ni desoír la muy sabia invitación a proceder con método de

Lewhgif, vamos a denominar “anónima 2”.¹



¹ Las redacciones casi nunca estaban terminadas, porque no daba tiempo durante la clase; pero la señorita Licinia decía que lo importante era que siguiésemos el mote. Esta, que es de Claudia Cifuentes, le parecía a la Genoveva más flojilla que otra que circulaba de mano en mano y, se rumoreaba, era de la más modosa y aplicada de las Motilla; muy distinta de sus otras dos hermanas.